

V. Blasco Ibáñez
El sueño
(*El Diario* [México], 30-7-1907)

Dos sabios de renombre universal, Edison y Tesla, acaban de sostener en una importante revista de los Estados Unidos una controversia curiosísima.

Estos dos brujos modernos, que manejan la electricidad como un poder mágico, desentrañando los secretos de la materia invisible para ponerlos al servicio del hombre y engrandecer su bienestar y su fuerza, han discutido largamente sobre el sueño.

Edison sostiene que el hombre duerme demasiado. Cuatro o cinco horas de sueño son suficientes, según él, para restablecer sus fuerzas. El sabio del Nuevo Mundo, acostumbrado a la existencia vertiginosa de su pueblo, cree que en la época presente, en la que «el tiempo es oro», las horas perdidas durante el sueño son como un robo a nuestra propia vida y a la de nuestros semejantes.

Tesla, el sabio europeo, sostiene precisamente que por no dormir el hombre moderno todo lo que necesita vive menos que lo que vivieron sus remotos ascendientes. Según él (y su opinión la comparten muchos ilustres fisiólogos), la duración natural de la vida del hombre es de ciento a ciento veinticinco años. Vivimos mucho menos por las malas condiciones en que se desarrolla nuestra existencia, por culpa de las preocupaciones sociales y de nuestras propias pasiones. Esto lo afirman muchos sabios; pero Tesla es aún más preciso en su afirmación. Vivimos menos de cien años porque no dormimos bastante.

Durante el sueño se suspende, según él, el desgaste del organismo y reconstituyen las fuerzas que el estrago de la diaria lucha tiende a destruir. «Cuanto más se duerme, más se vive», dice Tesla. Y cita el ejemplo de las razas negras, en las que se observa una larga longevidad precisamente porque duermen cuanto pueden. De ahí que la mayor parte de los negros a la edad de setenta años se consideran en la plenitud de la vida, y los que tienen noventa no ofrecen apariencias de viejos.

El término medio del sueño en los negros es de trece a catorce horas diarias, y los blancos, en opinión de Tesla, deberíamos dormir otro tanto. Lo más conveniente para el hombre, según él, es estar durmiendo cuando no está trabajando.

Su opinión sobre el sueño se condensa en esta máxima: «Mientras más horas se duerme, más horas se vive despierto».

Edison, en apoyo de su tesis contra el sueño, por inútil y malsano, cita a varios hombres célebres que durmieron poco, y a la cabeza de ellos aparece, como era de esperar, el inquieto Napoleón, que no concedía al sueño más de cuatro horas diarias, o es un testigo digno de ser imitado este hombre célebre, al cual la moderna crítica histórica y el examen científico despojan de los atributos de gloria, presentándolo poco menos que como un loco furioso. Tendrán mucho que envidiar su fama inmortal, las satisfacciones de sus inmensos éxitos y, hasta si se quiere, la noble melancolía de su ocaso; pero, aparte de esto, su vida de hombre, de organismo humano, no ofrece ninguna seducción.

Prisionero de su propia actividad, esclavo de su gloria, la vida íntima de este privilegiado de la fortuna, no la soportarían con resignación muchos infelices. Comía siempre de prisa, ocupándose entre bocado y bocado de asuntos que mantenían concentrado su pensamiento; hacía un consumo enorme de café para conservar sus nervios en perpetua excitación; no podía dedicar media hora de alma a las más dulces alegrías de la existencia; hasta el amor era para él una función de paso de ataque. ¡Cuatro horas para el sueño!... Y en plena gloria comenzó a ver visiones, y le hablaban al oído voces misteriosas, y obedeciendo la extraña sugestión de su desarreglo mental emprendió la campaña de Rusia y acometió otras empresas que le hacían ser tenido por loco aun entre sus más íntimos, y murió casi a la edad en que la mayoría de los hombres comienzan su verdadera existencia.

De armonizarse con las necesidades humanas hubiera vivido sin gran esfuerzo veinte años más y ¿cuál hubiese sido su suerte y la suerte del mundo al sorprenderlo en Santa Elena, sano y vigoroso, la caída de la restauración borbónica y la revolución de 1830?

Los hombres célebres deben pensar, ante todo, en prolongar su vida egoísticamente, y la mejor garantía de esta prolongación está en el descanso y en el sueño, que remedian el desgaste de sus esfuerzos. En los tiempos modernos, vivir muchos años representa casi la mitad del éxito para los pensadores y los artistas. Pasaron los siglos en los que se alcanzaba la celebridad con una sola obra. Eran los tiempos en que no existía la imprenta y las noticias circulaban difícilmente.

Podía el hombre descansar sobre su obra, seguro de que por muchos años que transcurriesen moriría antes de que todos sus contemporáneos conocieran su mérito. Ahora todo se sube en unas cuantas horas y se olvida en unos cuantos días. El artista necesita imponerse a fuerza de actividad, de repetir los golpes gloriosos con un incesante martilleo de trabajo. Los grandes maestros de la literatura antigua se ofrecen a nuestra admiración con un volumen, o tres o cuatro cuando más, bajo el brazo. Los modernos,

infatigables trabajadores, por instinto de conservación, cuando llegan a la inmortalidad descansan sus pies sobre una columna de libros más alta que el mayor monumento que pueda erigirles la admiración póstuma.

Los viejos mandan. Nuestro mundo está regido por el pensamiento de imponentes ancianos. Aquellos artistas, enfermizos y sentimentales, de otros tiempos, que morían a los treinta años, dejando una pálida y poética gloria en la historia romántica, se sumergirían hoy en la sombra sin dejar detrás de aquellos el más leve remolino de notoriedad. Hay que trabajar mucho para triunfar, y esto solo se consigue viviendo y llegando a la vejez.

El panteón de glorias de nuestros tiempos es una especie de asamblea de padres eternos, todos con barbas blancas y melenas de nieve. Hugo, Ibsen, Tolstoi, Bjornson, Wagner, Grieg, Berthelot, Spencer, Darwin, etc.; todos se aproximaron a los ochenta años, llegaron a ellos o actualmente los sobrepasan.

Vivir es triunfar. Hay dos glorias: la que concede la posteridad y la que se goza en vida por hechos tal vez circunstanciales pero que influyen en el porvenir. Figurémonos a Victor Hugo muriendo en 1848. Hubiese sido el poeta de las *Orientales*, el dramaturgo romántico, el novelista de *Nuestra Señora*; pero no el Homero desterrado en Guernesey, el revolucionario apocalíptico, el autor de *Los miserables*; en torno de su nombre no resonaría ese trompeteo popular que acompañó en los últimos tiempos la gloria del anciano de barba blanca y dura y enorme frente que desde París imperaba sobre el mundo.

Imaginemos que una chimenea no se hubiese obstruido en el silencio de la noche, derramando sus mefíticos gases por el dormitorio de una casa parisién de la calle de Bruselas; que Zola hubiese vivido los años a que tenía derecho, naturalmente, su organismo; que hubiera presenciado el triunfo final de su titánica empresa viendo a Dreyfus, el inocente, en las filas del ejército; a Clemenceau, el odiado, al frente del gobierno; a Picquart, el maldito, en el ministerio de la Guerra; a todos los antiguos camaradas de lucha, vencedores; a todos sus enemigos injuriantes, vencidos. ¿Qué inmensa ovación del primer pueblo de Europa hubiera disipado su noble tristeza, deificando su genio y dándole nuevas fuerzas para continuar su trabajo?

Hay que vivir. Unos con mayores medios y otros con menos; todos los que aspiran a la realización, en esta vida, de nobles ambiciones deben basar una gran parte de las probabilidades de su éxito en la prolongación de la existencia, en alcanzar la ancianidad, sanos de cuerpo y de espíritu.

Tesla, frente al ejemplo de Napoleón, mencionado por Edison, que dormía cuatro horas y murió mucho antes de la vejez, cita a Gladstone, que conservó todas las energías intelectuales y físicas hasta la ancianidad más

avanzada, gobernando la poderosa Inglaterra, a los años en que ya no existían los más de los hombres.

El gran anciano no alteró nunca la costumbre de dormir diecisiete horas diarias. Cuando trabajaba o hablaba en las Cámaras... dormía.

Su vida carece de hechos ruidosos y deslumbrantes como la de Bonaparte; pero llenó todo un siglo. Su obra fue más firme que aquellas empresas locas y gloriosas, de menos duración.